

**“El rostro recliné sobre el amado”. El amor en la mística medieval. Reflexiones sobre su recuperación para la experiencia religiosa contemporánea.**

**Por Jorge Omar Silva Flores\***

“... El cristianismo de mañana será místico o no será nada...”  
(K. Rahner)

**Introducción**

En primer lugar cumpliendo con un deber de justicia y de cariño, debo agradecer al Reverendo Padre Fray Paulo Dierckx, o.f.m., flamenco transplantado al altiplano, que con generosidad de amigo, maestro y compañero de ruta, ha compartido conmigo, autorizando sin restricciones de uso, sus escritos inéditos acerca de varios temas, entre ellos sobre mística[1], y que he utilizado en estas divagaciones.

Las reflexiones que se presentan a continuación, no son más que esbozos, una mirada a vuelo de pájaro sobre la mística del medioevo, a su lenguaje amoroso, reflexiones que se dirigen hacia aquello que, en mi opinión, puede y debe ser rescatado, recuperado, reapropiado en nuestros tiempos, como un aporte a la construcción de ese nuevo mundo posible, en el que aun muchos creemos.

El término “mística” expresa una experiencia vital, así como también lo que surge y se desarrolla a partir de la vivencia de ella; el místico o la mística, es una persona cuya vida es definida a partir de dicha experiencia, de saberse y sentirse amado, en lo que llamamos un “camino místico”.

“... *Quedeme y olvideme, el rostro recline sobre el amado, cesó todo y déjeme, dejando mi cuidado...*”[2], de estos versos del gran Juan de la Cruz, a quien me parece que es posible situar a medio camino entre el Medioevo y la edad Moderna, tomo el título de estas líneas, ya que en medio de los presurosos devenires de la vida moderna, siento que se hace necesario detener la marcha, para dar lugar al encuentro con un “otro” que tiene rostro y camina a nuestro lado, para rescatar el lenguaje dialógico del amor, propio de los místicos, y así llegar a reclinar la cabeza sobre un “otro” amado, y a partir de esa experiencia construir un sociedad más sincera, más justa, más abierta a las diversidades de nuestra humanidad.

Siguiendo a Karl Rahner, me atrevo a decir: el cristianismo de estos siglos nuevos, o es místico o en realidad no es cristianismo, son solo rituales sin sentido, que nos hacen olvidar que ser cristianos, involucra un compromiso con aquellos que caminan a nuestro lado. El concilio Vaticano II, en *Gaudium et spes*, nos pone frente a esa realidad, muchas veces olvidada, “*El gozo y la esperanza, la angustia y la tristeza de los hombres de nuestros días, sobre todo de los pobres y toda clase de afligidos, son también gozo y esperanza, tristeza y angustia de los discípulos de Cristo, y nada hay de verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón [...] De ahí la experiencia vital que la hace sentirse, y ser en realidad, íntimamente solidaria con la humanidad y su historia*”[3]. La experiencia “mística”, de encuentro íntimo con lo divino, de sabernos hijos amados en el Hijo de Dios encarnado – para los cristianos – no puede dejarnos con los ojos en blanco mirando al cielo[4], debe hacernos más conscientes de lo que ocurre a nuestro lado, en caso contrario no es una experiencia mística auténtica, ni fecunda.

## Ayer y hoy, el tiempo de lo místico

El fenómeno “místico” es común a todas las religiones, a todos los tiempos y a toda experiencia humana, variando sus características y formas de expresión de acuerdo al contexto y al ambiente en que tiene lugar, sin embargo el núcleo de este fenómeno es constante: la experiencia de que toda la creación, toda la historia y el devenir del hombres están unidos por y en el amor.

Sin duda en los tiempos de cambio epocal, de crisis de sentido, que a simple a simple vista parecen sombríos para la humanidad, como la Edad Media y nuestro propio tiempo[5], el fenómeno de la mística parece surgir con mayor fuerza, o quizás sea que en los tiempos en que nuestras miserias humanas parecen resaltar, la búsqueda de un camino hacia lo trascendente y la experiencia de conocimiento, encuentro y reencuentro con otro, con un rostro amado que sabemos nos ama, resalta de mejor manera.

El periodo de la Edad Media, situado entre la antigüedad tardía y los tiempos modernos, con sus grandes descubrimientos, en que el hombre empieza a situarse en el centro de la cosmogónica occidental, es un periodo de cambios, de experiencias nuevas, donde la antigüedad clásica ya no existe, donde pueblos bárbaros se hacen cristianos, y surgen nuevas comunidades humanas. Al igual que en nuestro tiempo no faltan, en el medioevo, voces que se alzan para hacernos notar que *“todo tiempo pasado fue mejor”*[6], que el orden de los tiempos pasados deberían prevalecer para mantener un equilibrio inmóvil en la sociedad. Al igual que en el medioevo, el nuestro es un tiempo de cambios, donde la “crisis” parece acentuarse y no tener salida, para muchos ambos serian periodos “oscuros”.

Sin embargo en el medioevo brillan con fuerza, cual flores en el pantano, la figura de los místicos, mujeres y hombres, de diversa condición, que desafiando los esquemas imperantes – parafraseando a Juan de la cruz – salen por los caminos sin

otra luz o guía, sino aquella que arde en sus corazones[7], inflamados por la sed de “infinito”, teniendo como única luz su propio amor por la humanidad sufriente, que no es sino el reflejo del rostro amado, de aquel Dios vivo, que en un desbordamiento de amor, hace carne para habitar en medio de su pueblo, que es esa *“fogata de amor y guía, razón de vivir mi vida”*[8].

La Edad Media es el tiempo de los trovadores, de las canciones de amor, el lenguaje de estas canciones está profundamente anclado en el corazón de la cultura de la época, y de él toma la mística su forma de expresión; la experiencia de lo místico fue vivida, y escrita, como un “estar enamorado” de un amor con la realidad total, con el Amor que no es amado – en palabras de Francisco de Asís – que penetra y da forma a la vida diaria, aun cuando la supera, con dolor y gozo; y del cual es imposible liberarse, *“... pues no hay nada que amor no engulla y dañe. Y nadie que en él cae y que él atrapa puede librarse...”*[9].

Ayer, al igual que hoy, la mística no es algo “extraordinario”, está muy presente en la vida de los seres humanos, aun cuando solo algunos tienen experiencias místicas “extraordinarias”[10]; hay muchos y muchas que experimentan y viven día a día con una gran sensibilidad mística; y en parte se reconocen en las experiencias de aquellos(as) a quienes llamamos “grandes místicos”, en cuyas palabras y actuaciones encontramos no solo un abandonar el mundo, sino más bien un abandonarse en la profundidad de la divinidad, y desde allí lograr un entendimiento más profundo del ser humano.

La experiencia mística ocurre en el tiempo de los hombres, no es una experiencia ajena a la historia humana, como muchas veces se tiende a pensar en nuestros días, es una experiencia encarnada en nuestro tiempo y nuestro espacio, con nombre, con rostro, porque en la experiencia mística del medioevo siempre resalta la encarnación de Hijo de Dios, que se hace semejante en todo a nosotros,

menos en el pecado, en sus propios textos las mismas mujeres místicas, nos hacen ver que su experiencia es muy humana. Hildegardis nos dice “... y sucedió en el año 1141 de la encarnación del Hijo de Dios Jesucristo, a la edad de cuarenta y dos años y siete meses...”[11], “en los días de Enrique arzobispo de Maguncia y de Conrado rey de los romanos, et cuncto abad de san Disibot, bajo el papa Eugenio...”[12], y Margarita de Oingt, nos dirá que su experiencia se inicia: “En el año del Señor 1286, un domingo en la septuagésima, yo, Margarita, Sierva de Cristo, estaba en la iglesia en misa...”[13], y Hadewich: “todo esto me fue ordenado hace cuatro años en la fiesta de las ascensión...”[14].

Se trata de una constante lucha, de una “paz armada” que involucra toda la vida, en busca de alcanzar la plenitud en el Amor, que se hace todo en todos, cumpliendo un mandato que nace de la conciencia de ser discípulos y antes de aquel que amo primero y nos obliga a “amarlo todo todos toda”, para que el amor sea amado a cuerpo entero [15].

### **“Música callada, soledad sonora...”, el lenguaje de la mística**

Hablar de aquello que ocurre en un espacio invisible, íntimo, interior resulta siempre difícil; manifestar en palabras “humanas” la vivencia personal de una experiencia única, y transformadora, es casi imposible; frente a la necesidad de expresar esta experiencia, solo podemos lograr un “un no se que, que queda balbuciendo”[16] en palabras de Juan de la Cruz, o llegamos a construir una lengua que nos parece más adecuada, como la Lingua Ignota de Hildegardis, o quizás a una expresión artísticamente incomprensible como la que hayamos en el canto VII de Altazor del poeta Vicente Huidobro.

Esta imposibilidad nos hace sentir aun más nuestra fragilidad frente a la experiencia de amor y de plenitud del universo desbordado por el amor del

creador que se hace todo en todos. Nos dice Hildegardis: “...en medio de un gran temor y temblor, viendo una celeste visión, vi una gran claridad en la que se oyó una voz que venía del cielo y dijo: “frágil ser humano, ceniza entre las cenizas, podredumbre entre la podredumbre, di y escribe lo que veas y oigas. Pero como tienes miedo de hablar, eres ingenua e ignorante para escribir dilo y escríbelo, no fundándote en el lenguaje del hombre, no en la inteligencia de la invención humana, sino fundándote en el hecho de que ves y oyes esto desde arriba, en el cielo, en las maravillas de Dios...Proclama estas maravillas, escribe lo que has aprendido y dilo”[17].

Exponer esta experiencia íntima se hace con temor y temblor, recurriendo a palabras, que sabemos no llegan a expresar en lo más mínimo de lo experimentado, y la mayor parte de las veces solo se hace cuando la voluntad divina, o la obediencia, obliga a escribir, aun cuando el poner por escrito lo experimentado llega a ser una necesidad[18].

Los místicos, pero sobre todo las mujeres místicas del medioevo se atreven a romper con los esquemas impuestos por la sociedad medieval, se apropian de los instrumentos de la escritura; pero no solo de ellos, ya que la experiencia mística desborda las posibilidades de la escritura, toda la vida y el cuerpo de quien vive una real y auténtica experiencia de este tipo se convierte en signo, en una ventana que se abre a la eternidad, como los iconos, el mundo se convierte en la celda, donde se vive el encuentro con el amado.

Y ya que a experiencia mística, es una experiencia de amor, en que el alma que busca, se identifica tanto con la esposa del Cantar de los Cantares, texto del que se nutre fuertemente la mística de ayer y de hoy, como también con la Magdalena, ambas buscadoras que ansían encontrarse con el amado, hacen que el lenguaje del amor humano sea un instrumento que ayude a expresar lo vivido, es así como se apropia del lenguaje de los trovadores, haciendo surgir una “mística

cortes"[19], que encontraremos en la tradición cisterciense, donde san Bernardo al comentar el cantar de los cantares, actualiza el lenguaje para dar forma a una espiritualidad centrada en el amor, de la cual encontramos ejemplo en los textos de san Ælredo de Riveaulx[20], así como también en las reflexiones sobre el amor de Guillermo de san Thierry.

Es un lenguaje marcadamente femenino, aun cuando trasciende a las diferencias de sexo – genero, la mística sucede como dice Jaques Lacan “fuera de la cultura del falo”, ya que como decíamos responde a la identificación con la esposa del Cantar y con Magdalena, las mujeres místicas hablaron de si mismas porque hablaron de una íntima y profunda experiencia de identificación con el “Absolutamente Otro”.

La experiencia mística se estableció en occidente como una experiencia femenina, al nivel de que los místicos (masculinos) debieron feminizarse y buscar a la mujer que habitaba en su interior, así lo encontramos fuertemente en el maestro Eckhart quien dirá que el alma es mujer, así aparecerá en la poesía de Juan de la Cruz; y aun mas al extremo Enrique Suso, discípulo de Eckhart, se travestirá, vistiendo de mujer; desafiando la hegemonía misógina del medioevo, el humillarse al feminizarse de los hombres místicos, corresponde a la experiencia de encontrarse con un Dios que, del mismo modo, se humilla al encarnarse en nuestra frágil nuestra naturaleza humana[21].

El lenguaje místico es también un lenguaje fuerte y profundamente erótico, como el del Cantar de los Cantares, un lenguaje epitalámico, manifestado en la contemplación de la humanidad de Cristo, de su abandono, de su desnudez, de sus dolores en la cruz; humanidad a la que el alma ansia unirse en nupcias, que consuman un deseo que va mas allá del deseo de posesión y la carencia de posesión, sino que cuando más se realiza y encuentra su objeto, mas se intensifica

debido a la brevedad de la experiencia de encuentro, “Entonces sucedió un beato silencio según ambas voluntades. Él se le entregó y ella se entregó a él [...] Pero no duro mucho tiempo. Pues cuando dos amantes se encuentran a escondidas a menudo tienen que separarse sin despedida”[22].

El problema de los místicos que buscan expresar su experiencia, es su imposibilidad de utilizar en el lenguaje habitual de tal manera que no de lugar a malas comprensiones; de expresar una experiencia antigua como el ser humano, y siempre nueva, explicar con palabras un acontecimiento que se da fuera del tiempo, del espacio y de las imágenes del hombre, pero que no es ajeno a ellas.

La experiencia de encuentro con la divinidad, y ella con toda la creación, y en ella con los rostros de quienes nos rodean, resulta “numinosa”, fascinante y terrible, se experimenta con todos los sentidos, y muchas veces solo encuentra una forma de expresión en el “*silentium mysticum*”: “... *Quedeme y olvideme, el rostro recline sobre el amado, cesó todo y déjeme, dejando mi cuidado...*”[23], solo resta abandonarse, frente a la oscuridad de Dios, que nos deja sin palabras, ya que nada podemos llegar a saber o conocer, solo podemos sospechar, según la doctrina expuesta por pseudo Dionisio Areopagita, que también encontramos en la obra anónima inglesa del siglo XIV “La nube del no saber”.

En este sentido también en el lenguaje encontramos a los místicos, y a todo ser humano que busque expresar sus sentimientos más íntimos, pasando por noches oscuras, derivadas de la incomprensión, pero que muchas veces son aquella “*noche amable más que la alborada*”[24], porque solo en esa incomprensión del lenguaje del amor[25], que solo es comprensible por los amantes, el alma que busca llega a ser “*amada en el amado transformada*”[26].

El de la mística es también un lenguaje artístico, ya que por el arte se expresan de mejor manera los sentimientos más profundos del ser humano, así por



ejemplo para Hildegardis, la música del canto del oficio divino contribuye a restaurar la armonía amorosa, relacional, la que llama Simphonia, entre Dios y el ser humano, en que ambos se ven las caras, perdida por el pecado de los primeros padres.

### **El Lenguaje Amoroso, como lenguaje de subversión**

*"[...] yo que te he gustado como un vino, Señor,  
mientras los otros siguen llamándote justicia,  
¡no te llamare nunca otra cosa que Amor!"[27]*

Vivimos en una sociedad donde desde los orígenes de nuestro estado nacional, se enseñó y comprendió el "orden público", necesario para el desarrollo, como un ejercicio de violencia, de intolerancia, de rechazo de todo aquello que dice relación con las emociones, los sentimientos, las experiencias de los sentidos, en detrimento de aquello que nos impone el "deber ser"[28].

La experiencia mística, como nos lo demuestra la variedad de estados, de procedencias culturales, sociales, etc., de los y las místicas del medioevo, es profundamente democrática e inclusiva. En nuestro esquizofrénico tiempo, cuando vivimos divididos entre lo que somos y lo que debemos ser; surge la necesidad de recuperar y/o de reencausar, la experiencia mística auténtica, como patrimonio de todos y de todas; de comprenderla como una experiencia profundamente humana, accesible cualquier persona que quiera y esté dispuesta a detenerse, a escuchar, a atreverse a perder el miedo a dejarse amar.

Frente al lenguaje claro y preciso de las ciencias, de la tecnología, a la pobreza del lenguaje amoroso en nuestros días, producto y también causa de nuestras profundas soledades humanas, la experiencia mística y sus formas de

expresión, nos parecen algo vagas, no exactas, demasiado simbólicas, incomprensibles y paradójicas, para nuestra comprensión y para nuestro “gusto moderno”.

Frente a dicho lenguaje surge el lenguaje de los místicos, el lenguaje amoroso lleno de sentido, del erotismo del cantar de los cantares, del placer como lugar de encuentro con la divino, como un lenguaje subversivo, peligroso para el orden hegemónico, que busca hacernos funcionales a un sistema.

El lenguaje del amor puede y debe ser rescatado, llenado de sentido, así como lo hicieron los hombres y mujeres que en el medioevo escribieron sus experiencias de encuentro con el “absolutamente otro”, al utilizar el lenguaje de las canciones del amor cortes; porque la experiencia del amor nos es común a todos los seres humanos, y puede convertirse en una clave por medio de la cual releamos y reelaboremos muchos conceptos que marcan nuestra sociedad.

Las más intensas experiencias de vida, las más profundas experiencias de nuestra fragilidad humana, así como las de las mujeres místicas que insisten en expresar lo poco que son para poner por escrito lo que han visto y oído, y que llevan al “*silentium mysticum*”, son los lugares donde “*el corazón humano olvida sus límites y sus resentimientos y tiembla solo para expresar, en la transparencia del lenguaje, aquello que es tan esencial a la existencia como el aire: el amor descubridor del mundo que exalta y consuela...*”[29].

De esas experiencias de nuestra fragilidad, así como de nuestra unión con el resto de la creación, y del amor que fluye en la creación producto del desbordamiento del amor de Dios, y de la conciencia que tengamos de ello[30]han de surgir nuevos ordenes, que unifiquen, que dignifiquen, y den sentido, no por la violencia, sino por la fuerza de la razón que surge del corazón enamorado.

Se hace necesario en nuestros tiempos de aldea global, reapropiarnos del este lenguaje del amor, que fluye en y por toda la creación, para así poder reapropiarnos y resignificar nuestra humanidad, para reencontrarnos con lo erótico, con lo placentero, con nuestros propios cuerpos como lugares de encuentro con lo divino.

De ahí la necesidad de rescatar la experiencia de los místicos, como forma de apropiarnos de espacios, internos y externos, de romper con los socialmente establecido como normalidad, para construir nuevos ordenes, a nuevos espacios en los cuales no tengamos miedo de mirarnos en los espejos de nuestros amores primeros, de reconocer lo que somos, y no lo que pretendemos ser; de ver el rostro de quien camina a nuestro lado, llenando de dignidad y respeto a su autenticidad y diversidad, de reconocer en ese “otro” el fuego de lo divino, al restaurar dicha armonía en el género humano, podremos sin duda también restaurar la armonía perdida con toda la creación, en la cual también nos encontraremos con nosotros mismos, con esos “otros rostros amados”, y con el rostro amado del absolutamente otro, pudiendo llegar a decir con Tehilhard de Chardin – “realmente yo puedo tocar a Dios en la superficie, así como en la profundidad del mundo y en toda la materia”.

\*\*\*

\* Jorge Omar Silva Flores es Teólogo de la Pontificia Universidad Católica de Chile y Estudiante del Programa de Magíster en Historia de la Universidad de Santiago de Chile.

\*\* Ponencia para el Festival Medieval UC, Santiago de Chile, Octubre 2010.

[1] “El fenómeno de la mística” y “El místico camino”, ambos fechados en Iquique en noviembre de 1999.

[2] Juan de la Cruz, “Noche Oscura”, estrofa 8.

[3] Gaudium et spes, 1

[4] “Hombres de Galilea ¿qué hacéis ahí mirando al cielo?”, Hch. 1, 11

[5] El fin de siglo, el cambio de época, el recambio de una generación activa a otra, los cambios políticos, sociales, económicos y culturales que hemos vivido en el último tiempo.

[6] Jorge Manríquez, “Coplas a la muerte de mi padre”

[7] Cfr.: Juan de la Cruz, “Noche Oscura”, estrofa 3.

[8] Víctor Heredia, “Razón de vivir”.

[9] Hadewich de Amberes, Poemas de rima mixta, 16, lin. 152 – 153.

[10] Éxtasis, visiones, revelaciones, voces, etc.

[11] Hildegardis Bingensis, Scivias, Protestificatio, 24 – 26

[12] Hildegardis Bingensis, Scivias, Protestificatio, 91 – 94

[13] Margartira de Oingt, Pagina Meditationum, 1

[14] Hadewich de Amberes, Cartas, 17

[15] Cfr.: Pedro Casaldaliga, “Aviso a unos jóvenes que están considerando la vida célibe”

[16] Juan de la Cruz, “Cántico Espiritual”, estrofa 7.

[17] Hildegardis Bingensis, Scivias, Protestificatio, 5 – 35.

[18] Cfr.: Victoria Cirlot, Blanca Garí, “La mirada interior”, pág. 167

[19] Cfr.: Idem, pág. 15

[20] San Ælredo, cisterciense, abad de Riveaulx en Nortumbria, sugería a sus novicios demostraciones de cariño, que en otros monasterios habrían resultado impropias, como abrazarse o tomarse de las manos.

- [21] Cfr.: Victoria Cirlot, Blanca Garí, "La mirada interior", pág. 37
- [22] Matilde de Magdeburgo, "La luz que fluye de la divinidad", libro I
- [23] Juan de la Cruz, "Noche Oscura", estrofa 8.
- [24] Juan de la Cruz, "Noche Oscura", estrofa 5
- [25] Es interesante relaciones el lenguaje amoroso utilizado por el mundo místico, con Agustín de Hipona, que dice que uno de los nombres de la trinidad es "el amado – el amante – el amor".
- [26] Juan de la Cruz, "Noche Oscura", estrofa 5
- [27] Gabriela Mistral, "Interrogaciones", en: Desolación.
- [28] Cfr.: Maximiliano Salinas, "Hacia los orígenes amorosos de la convivencia humana en Chile en el siglo xx". En: Revista Mapocho, septiembre 2010, págs. 99 – 100
- [29] Luis Oyarzun, "Dos discursos en honor de Gabriela mistral", en: Temas de la cultura chilena, Santiago, Ed. Universitaria, 1967 – 79. págs. 82- 83.
- [30] Nos dice Teilhard de Chardin, respecto a su experiencia de ser parte y estar relacionado con toda la creación: "Vi como desde el espacio cayó una cascada de energía en la cual, en golpes rítmicos, fueron creadas partículas y luego destruidas. Vi como los átomos de la naturaleza alrededor de mí y los átomos de mi cuerpo participaban en este baile cósmico. Sentí el ritmo y escuche su sonido, y en aquel momento supe que era el "baile de Shiva" como los hindúes lo veneran"

**Para citar este artículo:**

Silva Flores, Jorge Omar, "'El rostro recliné sobre el amado'. El amor en la mística medieval. Reflexiones sobre su recuperación para la experiencia religiosa contemporánea", *Revista Historias del Orbis Terrarum*, Anejos de Estudios Clásicos, Medievales y Renacentistas, ISSN 0718-7246, vol. 1, Santiago, 2011, pp.1-13